

Selección de México S. A. : la mediocridad gana aunque no triunfe

Alfredo Acle Tomasini

Suponemos que la selección de fútbol de México es tan nacional como la bandera. Pero en realidad se trata de un negocio privado que tiene al nacionalismo como coartada publicitaria y cuyo objetivo primario es maximizar el beneficio económico y no necesariamente lograr el éxito deportivo. De hecho éste ha sido el enfoque a partir del cual los dueños del equipo mexicano, que a su vez lo son de los clubs de primera división, han establecido un modelo de negocios que les ha generado buenos resultados financieros, pero que en los últimos cuarenta años no ha elevado los estándares de desempeño.

El año de 1970 fue importante para el fútbol mexicano, porque además de que el Campeonato Mundial se llevó a cabo en nuestro territorio, accedimos por vez primera a cuartos de final, lo que con base en los resultados previos, demostraba palpablemente un proceso de superación deportiva.

Cabe destacar que en aquel entonces, México mantenía el predominio absoluto en la zona de Concacaf, al grado de que las eliminatorias previas a las justas mundiales solían ser mero trámite. Salvo el caso de Costa Rica que ocasionalmente ofrecía cierta resistencia, en tanto que a los estadounidenses el soccer los tenía sin cuidado. Mientras que los países africanos y asiáticos no aparecían en el mapa futbolístico, y cuando eventualmente lo hacían en un Mundial, no pasaban de servir de sparrings, a costa de llevarse a casa un número escandaloso de goles. Tampoco era posible ver en la alineación de un equipo europeo de primer nivel a algún jugador que viniera de esos continentes.

Pero el año de 1970 marcó otro hito en fútbol mexicano, porque so pretexto de que la resaca del Mundial alejara a la gente de los estadios, se empezaron a introducir cambios sustanciales en la organización de los campeonatos nacionales. Así, surgió la idea de dividir la liga en dos grupos, para que al término del campeonato jugaran en un partido decisivo, los sendos líderes.

El éxito económico de ese juego final les hizo evidente a los empresarios que a más partidos finales mayores ingresos, por lo que decidieron establecer una liguilla donde jugaran a visita recíproca los dos primeros de cada grupo, y después los que resultaran ganadores de esas series para determinar al equipo campeón. De esta forma, en lugar de un solo juego final habría seis con sus consiguientes taquillas y derechos televisivos.

Así, los empresarios deportivos descubrieron algo que podría calificarse de absurdo matemático pero que les ha generado ingresos importantes: para multiplicar hay que empezar por dividir. De esta forma, decidieron partir la liga en cuatro grupos para que la liguilla tuviera catorce partidos.

Como esto resultó en un éxito económico acordaron más adelante, que también habría que partir el campeonato en dos, lo que doblaría dicha cifra. Así, a la primera vuelta le llamaron torneo de verano, y a la segunda, torneo de invierno, aunque en la práctica se escenificaban en estaciones

opuestas. Competencias que después bautizaron con los surrealistas nombres de apertura y clausura porque no se sabe lo qué se abre o se cierra.

Este sistema de competencia es en realidad una forma de manipular al espectador que se acerca al televisor o al estadio, a partir de un interés que no tiene sustento en el mérito deportivo y menos aún en la calidad del espectáculo, lo que en lugar de fomentar la superación del fútbol ha entronizado la mediocridad. Basta mencionar por absurdo que parezca, que en México es posible que un equipo termine en el octavo lugar, incluso más abajo, y resulte campeón.

Quiénes diseñan sistemas de evaluación del desempeño, dicen que una organización obtiene aquello que mide. Es decir, que sus resultados estarán vinculados a la altura donde ponga la barra. Si en México un equipo mediocre puede ser campeón, no nos sorprendamos que la selección nacional sea eso mismo, y menos aún convirtamos sus fracasos en tragedias nacionales.

Antes de que se la apachurre el corazón piense que los dueños de este circo, a lo sumo perdieron la posibilidad de un partido adicional más los ingresos asociados a una mejor clasificación, pero que aun así, sus márgenes de ganancia les permitieron despreciar a los aficionados de sus propios equipos, a los que desmantelaron antes de que finalizara el campeonato, para que la selección tuviera juegos de preparación y generara ingresos.

Cuarenta años sin avance constatable. Ahora nos superan los que estaban detrás. No duele la eliminación sino que en el fútbol, como en otras facetas de la vida nacional, no hayamos podido erradicar las razones de una mediocridad que gana para sí misma aunque no triunfe.

alfredo@acletomasini.com.mx